

## PRIMERA PARTE

### I

Dolf van Attema, durante su paseo de después de cenar, había decidido rendir visita a la hermana de su mujer, Cecile van Even, cuya casa se encontraba situada en el paseo Scheveningschen, y ahora aguardaba en la pequeña antesala yendo y viniendo, entre los muebles de madera de rosál y los viejos confidentes de muaré rosa *brandy*, con las tres o cuatro zancadas con que parecía medir una y otra vez la estrechez de la habitación. Tras la *chaise-longue*, sobre una columna de ónice, ardía suavemente una lámpara, como una gran flor luminosa hexagonal bajo su pantalla de encaje.

La criada le había informado de que la señora estaba todavía con los chicos, que acababan de irse a la cama, y Van Attema lamentó no poder ver esa noche a su ahijado, el pequeño Dolf; le habría gustado subir un rato a jugar con él, pero también había recordado al instante el ruego de Cecile de que no volviera a subir, ya que el muchacho se quedaba horas enteras despierto tras esos jugueteos con el tío. Por tanto, ahora se quedaba abajo esperando a su cuñada, con la leve sonrisa que le provocaba esa obediencia, midiendo una y otra vez el pequeño salón con sus pasos de hombre robusto y de baja estatura, rechoncho

y ancho de espaldas, que dejaba ya atrás la juventud, con visos de calvicie bajo su corto pelo castaño, los ojos pequeños y amables de un bonito gris azulado, la boca decididamente vigorosa —por mucho que sonriera—, enmarcada en el bermejo ensortijado de su corta barba alemana.

Un leño ardía con un par de lenguas sinuosas en la estufa de níquel con adornos dorados, como un fuego de apacible intimidad, una llama de discreción, en esa atmósfera crepuscular; por la estrecha pieza se esparcía un tenue aroma de violetas, una fragancia que se escondía en la suavidad de los tintes de los muebles y la tapicería, que pendía sobre el rincón del escritorio, con su recado de escribir de plata, sus retratos encuadrados en lisos marcos de mora de cristal y un espejo veneciano blanco y pequeño situado sobre él. Ese aroma de modesta exquisitez, pleno de ternura, casi castidad, que flotaba entre la estufa, el escritorio y la *chaise-longue*, que resbalaba por los silenciosos pliegues de las tapicerías esfumadas, contenía algo que apaciguaba el nerviosismo, de manera que Dolf, de pronto, detuvo sus pasos, se sentó, miró en derredor y clavó la mirada en el retrato del esposo de Cecile, el ministro Van Even, cuyo fallecimiento se había producido año y medio atrás.

Entonces ya no le resultó larga la espera, hasta que Cecile entró. Se dirigió hacia él sonriente, mientras este se levantaba, y le estrechó la mano, disculpándose por el tiempo que la habían entretenido los niños. Ella era siempre la encargada de acostar a sus dos hijos, Dolf y Christie, que recitaban sus oraciones el uno junto al otro, en sus camas contiguas. Dolf re-

cordaba, ahora que le hablaba de ellos, haber presenciado a menudo esa escena.

—Christie no se encuentra bien; está muy decaído. Ojalá no sea el sarampión —le dijo.

Había cierto tono maternal en su voz, pero no tenía el aspecto de una madre, virginalmente delicada como estaba ahora; en la *chaise-longue*, con el suave brillo de la lámpara a sus espaldas. Vestida de luto, con un vestido suelto de cola, con tela de crespón, que utilizaba para andar por casa, su figura se estilizaba; con la misma ternura con la que se doblaban las líneas de su largo cuello y los finos hombros —los brazos caídos en un atisbo de pereza, las manos en el regazo— se curvaban también, con la gracilidad de un jarrón, las líneas en el busto y la delicada cintura, y todas ellas la modelaban en un florecimiento aún expectante, como si no fuera todavía una mujer y no tuviera ya hijos, sus dos chicos de seis y siete años.

El rostro se le había difuminado en la sombra —la luz de la lámpara aureolaba su cabello, de un rubio apagado—, y Dolf al principio no le veía los ojos. Luego, acostumbrado ya a esa penumbra, percibió su mirada, que resplandecía en la oscuridad del semblante. Ella hablaba con voz de suave timbre, un poco amortiguada, como un susurro enturbiado; volvió a comentarle cosas de Christie, de su ahijado Dolf y, a continuación, le preguntó por la hermana, Amélie.

—Estamos bien, gracias; podrías venir a visitarnos de vez en cuando, no te vemos casi nunca —respondió él.

—Salgo tan poco... —se disculpó ella.

—Pues eso es precisamente lo que está muy mal,

porque así no te da el aire lo suficiente ni te relacionas con las personas. Amélie lo dijo esta noche mientras cenábamos, y por eso he venido a preguntarte si quieres pasar por casa mañana por la tarde.

—¿Una velada con gente?

—No habrá nadie.

—Bueno, entonces asistiré encantada.

—Sí, pero, ¿por qué no vienes nunca sin que te lo tengamos que pedir?

—No se me ocurre.

—¿Y qué haces por las noches, entonces?

—Leo, escribo, o no hago nada. Y esto último es lo que más me gusta, ya que no me siento realmente viva hasta el momento en que me entrego a la nada.

Él meneó la cabeza.

—Eres una muchacha extraña. En realidad, no te mereces que te queramos tanto.

—¿Ah, sí? —preguntó ella, coqueta.

—Venga, no te importa nada. Podrías incluso arreglártelas muy bien sin nosotros.

—No digas eso, no es cierto. Estoy muy necesitada de vuestra simpatía, pero me cuesta mucho desplazarme. Una vez que me siento, me quedo ahí y, entonces, me resulta difícil levantarme...

—Esa es una concepción de la vida escandalosa.

—¡Es la mía! Después de todo, si me quieres, ¿no vas a perdonarme ese rasgo de pereza, tanto más si prometo ir mañana a visitaros?

—¡Pues bien! —exclamó riendo—. Naturalmente, eres libre de vivir como te plazca. Seguiremos queriéndote aunque nos tengas desatendidos.

Ella se rio, le dijo que estaba siendo malo y se le-

vantó despacio para servirle té en la taza colocada sobre la pequeña mesa. Le había engatusado. Van Attema sintió que le embargaba una acariciante suavidad; hubiera querido quedarse allí sentado durante mucho tiempo, charlando y bebiendo té, en esa atmósfera de violetas y modesta exquisitez: él, el hombre de acción, el hombre de Estado, diputado del Parlamento, en cuyos días no había una sola hora carente de ocupación, con comisiones aquí y allá.

—Antes dijiste que leías y escribías: ¿qué escribes? —le preguntó.

—Cartas.

—¿Siempre cartas?

—Me gusta mucho mantener correspondencia. Con mi hermano y mi hermana en Indonesia.

—Pero no siempre.

—Claro que no.

—¿Qué más escribes, entonces?

—¡Eres muy indiscreto! —rio ella.

—¿Quién, yo? ¡Venga ya! —rio él a su vez, como si le estuvieran permitidas estas indiscreciones—. Nada de literatura, ¿verdad?

—No, por Dios. Escribo en mi diario.

Él volvió a reírse de manera estentórea.

—¿Tú, un diario? ¿Qué te propones, escribiendo un diario? Me imagino que un día de tu vida será exactamente igual que el siguiente.

—¡Qué va, en absoluto!

Dolf se encogió de hombros sin entender nada, pues para él ella siempre había sido un misterio. Ella se daba cuenta, y disfrutaba dejándole indagar.

—Unas veces tengo días muy bonitos y otras ve-

ces son muy feos.

—¡Vaya! —exclamó él, contemplándola durante largo rato y sonriendo con amabilidad, aunque seguía sin comprenderla.

—Y por eso a veces tengo muchísimas cosas que escribir en mi diario —continuó ella.

—¿Me permitirías leer algún pasaje?

—Sí, claro... Cuando me muera.

Él simuló que un escalofrío recorría sus hombros.

—¡Uf... qué sombría te pones!

—¿Por la muerte? ¿Por qué dices que es sombría? —preguntó ella, casi alegremente.

Él se puso en pie.

—Me das miedo —bromeó—. Bueno, me marcho; todavía tengo mucho que hacer. ¿Nos vemos mañana, entonces?

—Sí, claro. Hasta mañana.

Le estrechó la mano, y ella hizo sonar un pequeño gong de plata para que le acompañaran a la puerta. Él se demoró un poco más, contemplándola con una sonrisa que le asomaba entre la barba.

—Eres una mujer extraña y, sin embargo... ¡te queremos! —repitió, como si intentara disculparse por esa simpatía.

Se inclinó y le dio un beso en la frente: los dos eran de la misma edad.

—¡Estoy muy contenta de que me queráis! —respondió ella—. Hasta mañana entonces, adiós.

Él se fue, y ella se quedó sola. Como átomos que se volatilizaban, sus palabras parecían seguir flotando aquí y allá en el silencio, hasta desaparecer por completo. Cecile se quedó sentada, apoyándose en

los tres cojines de la *chaise-longue*, inmóvil como una sombra y con la mirada perdida. A su alrededor fue asentándose una vaga ensoñación, como esas nubes livianas en las que por un momento se atisban rostros, de la que suavemente descendían palabras sin sentido, en un inútil remolino de recuerdos. Era el ensueño de alguien en cuyo pensamiento no hay lugar para obsesiones de felicidad ni de dolor, de un espíritu pleno de levedad, repleto de un callado nirvana en el que se diluye todo esfuerzo del pensamiento, y cuyas ideas se limitan a deambular entre impresiones de antaño, recolectándolas aquí y allá. Porque el futuro le parecía a Cecile una monótona calma en la que iban creciendo las figuras de Dolf y Christie hasta convertirse en unos muchachos estupendos, en hombres, y en la que la propia Cecile no seguía siendo nada más que una madre. Al no reconocerse en absoluto en el subconsciente de su vida espiritual, no sabía que era más mujer que madre, por mucho que quisiera a sus hijos. ¿Sentía que se estaba perdiendo algo, a causa de su viudedad? ¿Notaba la soledad a su alrededor, que no había nadie sentado a su lado y que el tenue aire, al encontrar la resistencia de un cuerpo sólido, la rodeaba como algo en torno a lo que ella echaría en vano sus brazos para fundirse en un abrazo? Aunque esa sensación estaba en ella, apenas la afectaba, pues yacía tan profunda en su alma que no llegaba a alcanzarla; y aunque en ocasiones podía ascender y manifestarse como una clara muestra de melancolía, ella la atribuía a acontecimientos pasados, a la pérdida de su querido esposo, y no —¡ay, nunca!— a su soledad actual.

Si alguien le hubiera dicho en ese momento que se estaba perdiendo algo, se habría indignado; ella creía que no le faltaba de nada, y valoraba como completa esa felicidad en la que, en un egoísmo intacto, respiraba con sus hijos. Cuando soñaba, como en ese instante, sobre nada en concreto —nubes de sopor que se volatilizaban, seguidas por otras nuevas—, empezaban a brotarle grandes lágrimas, que se deslizaban despacio por sus mejillas. Pero para ella no eran más que signos de una melancolía indeciblemente vaga: una suave pesadez en el corazón, que apenas la oprimía y cuya causa ignoraba.

Así podía pasarse veladas enteras, sin aburrirse ni un instante, pensando cómo ahí fuera la gente trotaba inútilmente, agotándose en la búsqueda de una felicidad ilusoria, mientras ella era dichosa en su ensueño. Las horas se escapaban, y su mano apenas tenía fuerzas para coger el libro que reposaba en la mesita junto a ella; una laxitud invencible iba filtrándose progresivamente en su interior, hasta que el reloj daba la una y seguía allí sentada, soñando, sin poder decidirse a levantarse e irse a dormir.

## II

Cuando a la tarde siguiente Cecile entró al salón de los Van Attema, con paso lento y su vestido de crepón, Dolf se acercó en seguida hacia ella y le estrechó la mano:

—Espero que no te moleste, pero Quaerts quería hacernos una visita y Dina le dijo que nos encontrábamos en casa. Lo siento...



—No pasa nada, de verdad —le respondió ella con un hilo de voz.

Estaba un poco ofendida por el inesperado encuentro con esos invitados que no recordaba haber visto antes en casa de Dolf, a los que ahora veía ponerse en pie, mientras él se sentaba con la anciana señora Hoze, tía abuela de Dolf, con Amélie y sus dos hijas, Anna y Suzette. Cecile besó a la vieja dama y siguió saludando en derredor, recibiendo a cambio sonrisas de bienvenida, ya que todos la querían mucho. Dolf hizo las presentaciones:

—Mi amigo Taco Quaerts... La señora Van Even, mi cuñada.

Se encontraban alrededor del gran fuego de la chimenea, un poco desperdigados. En el piano, cubierto por una tela, Jules, el más joven, interpretaba una romanza de Rubinstein en mi bemol, tan abstraído que ni siquiera se había percatado de la entrada de su tía.

—Jules... —exclamó Dolf.

—¡Déjale tranquilo! —le reconvinó Cecile.

El muchacho no respondió, y siguió tocando. Cecile vio, por encima del piano, su pelo revuelto y sus ojos, totalmente abismados en el mundo de la música. Una languidez fue invadiéndola lentamente, como un peso que trepaba por su pecho y le dificultaba la respiración. Los dedos de Jules iban dejando caer de vez en cuando tonos en forte que le provocaban pequeñas sacudidas en la garganta y la llevaban a desplegar un ánimo de misterio que parecía urdido con leves mallas; ya había sentido alguna que otra vez ese estado en el que, por así decirlo, no era dueña de sí, como si se hubiera perdido y estuviera buscándose

a sí misma, como si no supiera lo que estaba pensando en ese momento, ni lo que diría en el instante siguiente. Era una especie de blandura momentánea, como si algo se le derritiera en el cerebro. Sin oírla bien, le pareció que ya había escuchado otra vez esa romanza, tal y como la interpretaba Jules. Pero eso parecía haber sucedido en una existencia anterior, siglos atrás; exactamente así, en ese círculo de personas, ante esa misma chimenea... Las lenguas del fuego se estiraban con idénticas ondulaciones, y Suzette parpadeaba igual que entonces.

¿Por qué se encontraba allí de nuevo, en mitad de todos ellos? ¿De qué servía estar sentada alrededor de un fuego, escuchando música? Qué raro era todo, qué cosas más extrañas había en el mundo... Y, sin embargo, resultaba agradable hallarse así, callada entre esas personas, con la música extinguiéndose poco a poco. Hasta la voz de la señora Hoze albergaba un timbre de simpatía cuando le preguntó al oído:

—¿Así que te tenemos de nuevo de regreso, niña? ¿Vuelves a salir del cascarón?

Cecile le estrechó la mano con una sonrisa.

—Nunca me he escondido ante usted. Siempre he recibido visitas.

—Sí, tendríamos que haber ido a visitarte, pero no salías de casa, ¿no es verdad?

—¿No estará usted enfadada conmigo por eso?

—Claro que no, querida, has tenido que soportar tanta tristeza...

—Bueno, todavía sigo soportándola... Echo mucho de menos todo.

¿Por qué, de repente, le embargaba la nostalgia?

Nunca había experimentado ese sentimiento de pérdida en su propia casa, en las nubes de su ensueño; sin embargo, fuera, en el mundo, rodeada de gente, empezaba a echar de menos todo al instante.

—Pero tienes a los niños.

—Sí...

Lo dijo con desánimo, cansada, mortalmente sola, como si siguiera flotando. La señora Hoze se levantó, ya que Dolf vino a buscarla para jugar al *whist* en otra habitación.

—¿Tú no vienes, Cecile? —le preguntó él.

—No, ya sabes: las cartas y yo...

No insistió más; aún tenía a Quaerts y a las chicas para jugar.

—¿Qué estás haciendo ahí, Jules? —le preguntó, echándole una mirada por encima del piano.

El muchacho, que seguía allí como olvidado, se levantaba en ese momento. Era alto y larguirucho, y tenía una extraña mirada.

—¿Qué hacías ahí?

—¡Pero espabila, muchacho! —refunfuñó Dolf, en broma, con su voz grave—. ¿Y dónde están las cartas, Amélie?

—No lo sé —respondió su esposa, buscándolas con la mirada—. ¿Dónde está la baraja, Anna?

—En la caja de las fichas, ¿no?

—No —gruñó Dolf—. En esta casa las cosas nunca están en su sitio.

Anna se levantó, buscó y encontró los naipes en el cajón de un mueble de Boulle. Amélie se había levantado también, y enderezaba la partitura en el piano. Siempre ordenaba las cosas en las habitaciones,

trasladándolas con la punta de los dedos, pero solo para olvidar al instante dónde las había dejado.

—¡Anna, echa ya una carta! —exclamó Dolf desde la otra habitación.

Las dos hermanas se quedaron solas con Jules. El muchacho se había sentado en un escabel, junto a su tía Cecile.

—Mamá, deja en paz mis partituras.

Amélie se sentó al lado de su hermana.

—¿Se encuentra mejor Christie?

—Hoy está un poco más animado.

—Menos mal, eso es bueno. Por cierto, ¿no conocías a Quaerts?

—No.

—¡Vaya! Viene a visitarnos con frecuencia.

Cecile veía la mesa de juego a través de las puertas correderas, que estaban abiertas. Había dos bujías ardiendo. El rosado y distinguido rostro de la señora Hoze se hallaba fuertemente iluminado. Su peinado emitía brillos de un gris plateado. Quaerts se encontraba sentado frente a ella, y Cecile veía la silueta redondeada y difuminada por las sombras de su cabeza, el cabello muy corto, de un negro denso, por encima de la blanca línea del cuello postizo. Su brazos realizaban breves movimientos cuando jugaba una carta o recogía una baza. Su constitución transmitía algo muy vigoroso, una cualidad que a Cecile le resultaba sumamente antipática en la vida cotidiana.

—¿A las chicas les gusta jugar?

—Sobre todo a Suzette; a Anna, algo menos: no lo hace muy bien.

Cecile vio que Anna estaba detrás de su padre,

observando fijamente con mirada de incomprensión.

—¿Sales mucho con ellas ahora? —volvió a preguntar Cecile.

—Sí, no queda más remedio. A Suzette le gusta, pero a Anna no. Suzette se está convirtiendo en una chica muy guapa, ¿a que sí?

—¡Suzette es una coqueta! —dijo Jules—. La última vez, durante esa cena que tuvimos aquí...

Se calló de golpe.

—Mejor no lo cuento. No está bien hablar mal de las personas, ¿no es verdad, tía?

Cecile sonrió.

—¡Por supuesto que no!

—Me gustaría tanto ser bueno, tía.

—Eso es todo un detalle por tu parte.

—No —objetó él—. Me parece todo tan malo, ¿sabe usted? ¿Por qué tiene que ser así?

—Pero también hay muchas cosas buenas, Jules.

Él negó con la cabeza.

—No —repitió—. Todo es egoísta. Dígame algo que no lo sea.

—El amor de los padres.

Jules volvió a negar con la cabeza.

—Eso es puro egoísmo. Los hijos son una parte de los padres, así que, cuando aman a sus hijos, a quienes quieren en realidad es a ellos mismos.

—¡Pero Jules! —exclamó Amélie—. Siempre hablas con un tono demasiado *tranchant*. Ya sabes que no me gusta. Eres demasiado joven para expresarte así. Te comportas como si lo supieras todo.

El muchacho guardó silencio.

—Y siempre te estoy diciendo precisamente que

nunca sabemos nada, ¿no te lo parece a ti también, Cecile? Yo, desde luego, nunca sé nada.

Su mirada se alejó flotando por la estancia, y sus dedos alisaron los flecos del sillón. Cecile posó la mano suavemente sobre el cuello de Jules.

### III

Quaerts se había retirado de la mesa de juego, y aunque Dolf le preguntó si quería seguir con la partida, se levantó. Cecile le oyó decir:

—Me gustaría conversar un momento con la señora Van Even.

A continuación, le vio aproximarse al salón grande, donde ella seguía charlando con Amélie y con Jules, que estaba sentado a sus pies, inmersa en un diálogo que cambiaba de tema cada dos por tres, ya que Amélie era incapaz de llegar hasta el fondo de nada; se desviaba una y otra vez y perdía el hilo de la charla. Sin saber por qué, Cecile adoptó de pronto un semblante muy serio, como si estuviera hablando con su hermana de asuntos muy importantes, y dijo:

—Jules debería tomar clases de armonía, con lo bien que compone.

Quaerts se había acercado y, con una timidez apenas perceptible, una ligera indecisión en el vigor de sus gestos, se sentó junto a las damas.

—¡No, tía, quiero aprender lo menos posible! No quiero estar siempre memorizando nombres, sistemas y clasificaciones. No tengo cabeza para eso. Yo compongo así, sin más —se encendió Jules, haciendo un movimiento difuso con los dedos.